

EXTRACTOS DE LAS UVAS DE LA IRA

La autopista 66 es la principal carretera de los emigrantes. La 66, el largo camino de hormigón que atraviesa el país, ondulando suavemente hacia arriba y hacia abajo en el mapa, desde Mississippi hasta Bakersfield, sobre las tierras rojas y las tierras grises, serpenteando hacia las montañas, cruzando la divisoria y bajando hacia el brillante y terrible desierto, y atravesando el desierto hacia las montañas de nuevo, y hacia los ricos valles de California.

El 66 es el camino de un pueblo en fuga, refugiados del polvo y de la tierra que se reduce, del estruendo de los tractores y de la propiedad que se reduce, de la lenta invasión del desierto hacia el norte, de los vientos tortuosos que aúllan desde Texas, de las inundaciones que no traen riqueza a la tierra y roban la poca riqueza que hay. De todos ellos la gente huye, y llega a la 66 desde las carreteras secundarias afluentes, desde las pistas de carros y los caminos rurales llenos de baches. La 66 es la carretera madre, la carretera de la huida...

Los coches de los emigrantes salían de las carreteras secundarias hacia la gran autopista transversal, y tomaban el camino de los emigrantes hacia el Oeste. A la luz del día, se escabulleron como bichos hacia el oeste; y cuando la oscuridad los atrapó, se agruparon como bichos cerca del refugio y del agua. Y como estaban solos y perplejos, porque todos venían de un lugar de tristeza y preocupación y derrota, y porque todos iban a un nuevo y misterioso lugar, se acurrucaron juntos; hablaron juntos; compartieron sus vidas, su comida y las cosas que esperaban en el nuevo país. Así, puede ser que una familia acampe cerca de un manantial, y otra acampe por el manantial y por la compañía, y una tercera porque dos familias han sido pioneras en el lugar y lo han encontrado bueno...

Así, cambiaron su vida social: cambiaron como en todo el universo sólo el hombre puede cambiar. Ya no eran hombres de campo, sino hombres emigrantes. Y el pensamiento, la planificación, el largo silencio con la mirada que había salido a los campos, se dirigió ahora a los caminos, a la distancia, al Oeste. Aquel hombre cuya mente había estado ligada a los acres vivía con estrechas millas de concreto. Y su pensamiento y su preocupación ya no fueron con la lluvia, con el viento y el polvo, con el empuje de las cosechas. Los ojos observaban los neumáticos, los oídos escuchaban el traqueteo de los motores, y las mentes luchaban con el aceite, con la gasolina, con el caucho que se diluye entre el aire y la carretera. Entonces un engranaje roto fue la tragedia. Entonces el agua por la noche era el anhelo, y la comida sobre el fuego. Entonces la salud para seguir era la necesidad y la fuerza para seguir, y el espíritu para seguir. Las voluntades se lanzaron hacia el oeste, y los temores que antes eran por la sequía o la inundación, ahora eran por cualquier cosa que pudiera detener el avance hacia el oeste.

Fuente: Steinbeck, J. (1939). Las uvas de la ira. Viking Penguin. Reimpreso con permiso de Viking Penguin, una división de Penguin Putnam, Inc.